



HORTENSIA Y SUS PARIENTES

SANTIAGO LOREN

Los doctores Tanto Peor y Tanto Mejor se están acabando de abotonar sus batas, como disponiéndose a empezar la consulta. Hortensia, con cara triste y avergonzada, les contempla inmóvil.

T. P.—Pero, ¿qué le ocurre? ¿Por qué no llama al primer enfermo?

T. M.—Vamos, Hortensia. ¿Qué hace ahí parada? ¿Le ocurre algo?

Hortensia.—Me ocurre que en estos momentos quisiera que me tragara la tierra.

T. P.—No creo que nuestro planeta tenga unas tragaderas semejantes. ¿Qué le pasa?

T. M.—Sí, hable por lo menos. Nos tiene en vilo.

Hortensia.—Que en la sala de espera hay unos parientes míos.

T. M.—¿Unos parientes? ¿A visitarse? Muy bien. Que pasen, y procuraremos dejarla en buen lugar.

T. P.—¡Ah, ya! Vienen creyendo que no van a pagar.

Hortensia.—Pues... sí. Pero no se preocupe. Pagaré yo. Son los que me hospedaron este verano, cuando pasé las vacaciones en la montaña. Me trataron muy bien, y yo, creyendo hacer sólo un cumplido, les dije que vinieran a verme cuando alguno cayera enfermo. ¡Los vi tan sanos!

T. M.—Bueno mujer, bueno. No haga caso a mi colega. Ya sabe como es. Que pase el enfermo y alguno más para acompañarle.

Hortensia.—Es que... los cinco que vienen están enfermos.

T. P.—¡Los cinco! Será de lo mismo, ¿no? Quiero decir que se tratará de alguna intoxicación o alguna epidemia.

Hortensia.—No, señor; no. Les explicaré con sus mismas palabras todo lo que les ocurre para que se hagan cargo. La abuela viene "para ver si tiene tensión", porque se mareaba. Su hijo viene "a que le echen los rayos para eso de la bronquitis". Su mujer, a "que la registren toda, porque le parece que se ha quedado mal del último parto". La chica ma-

yor, "porque está opilada". Y el crío, "a que le quiten las amígdalas, que no le dejan crecer".

T. M.—No hay duda de que son cinco historias clínicas muy concretas y categóricas.

T. P.—Pero, ¿es algo inaudito! ¿Cómo les pueden ocurrir todas esas cosas a los cinco a la vez?

Hortensia.—No; si todo eso ya les pasa hace tiempo. Pero para aprovechar el viaje han ido haciendo colección de síndromes. Cuando todos han logrado su enfermedad particular han cogido el tren y aquí están. Así han tenido tiempo para sembrar, para recoger la remolacha y matar el tocino.

T. P.—(*Pensativamente.*) ¡Ah! ¿Han matado el tocino?

T. M.—Está bien, está bien. No le dejaremos mal, Hortensia. Que pasen, ¿no, colega?

T. P.—Sí, que pasen. Pero antes acláreme algunos puntos de sus historias clínicas. Por ejemplo, lo de la tensión. ¿Es que esa señora acostumbra a no tener tensión sanguínea?

T. M.—Quiere decir elevada. Tensión elevada. Es la única que cuenta. A mí lo único que no me suena es que la chica mayor esté... ¿Cómo ha dicho?

Hortensia.—Opilada. Es una manera de decir que (*ruborizándose*), vamos, que no...

T. M.—¡Ah, ya! ¡Así está más claro!

T. P.—Y eso de las amígdalas que no dejan crecer... ¿Ustedes creen que se habrá descubierto alguna diastasa contra la hormona del crecimiento en las amígdalas?

T. M.—Yo no he oído nada semejante. Pero todo podía suceder.

T. P.—Bueno. Quizá ellos nos aclaren algo sobre esta importante cuestión. Que pasen y empezaremos a interrogarles.

Hortensia.—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! Siendo ustedes tan buenos conmigo no voy a permitir que pierdan más tiempo del preciso. Ya los tengo a todos preparaditos en el consultorio para que los despachen en un periquete. Mi primo está ya desnudo de medio cuerpo tras de la pantalla. Su madre tiene el tensímetro puesto y sólo falta darle a la pera. Su mujer lleva un cuarto de hora en posición ginecológica. Y el crío, otro tanto, con la boca abierta. A la chica la he dejado vigilando a todos, porque no sé qué querrán ustedes hacer con ella.

(Tanto Peor y Tanto Mejor se miran, perplejos, como dudando de aceptar una sistemática exploratoria tan poco ortodoxa; pero, por

fin, se encogen de hombros y dicen):

T. M.—¡Al ataque!

T. P.—Esto va a ser el sistema Ford aplicado en clínica.

(Los tres desaparecen por la puerta del consultorio. Al cabo de un rato vuelven a salir, comentando lo hecho.)

Hortensia. — Muchas gracias; muchas gracias, jefes. Creo que se han quedado encantados. Sobre todo, el detalle final les ha conmovido lo indecible.

T. M.—¿Qué detalle final?

Hortensia.—Lo de pasarlos uno a uno por la pantalla. ¡Ellos, que se han visto en fila y pasando por el deseado aparato! ¡Ha sido definitivo!

T. P.—Su alegría no va a ser tanta cuando les digamos lo que hemos encontrado.

Hortensia. — ¿Qué ocurre, doc-

tor? ¿Es que han visto algo grave?

T. M.—No. Ninguno tiene cosa de importancia. Pero la chica esa va a ser mamá.

Hortensia.—¿Ah, eso? ¡Ya lo sabían! O, por lo menos, se lo figuraban. ¡Si se van a alegrar! Precisamente me han dicho antes: "Lo bueno sería que ésta se *hubiera quedao ya*, porque así comprábamos los muebles y la ropa *pa casarla*. Echábamos el viaje redondo".

T. M.—Pues más redondo no lo van a poder echar en la vida.

T. P.—Y a propósito de redondo: ¿era muy gordo el tocino que han matado?

Hortensia.—En cuanto a eso no se preocupe, doctor. He visto unas morcillas en una de las cestas que traen que deben de saber a gloria.